

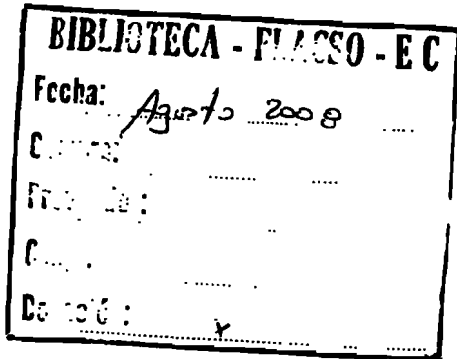
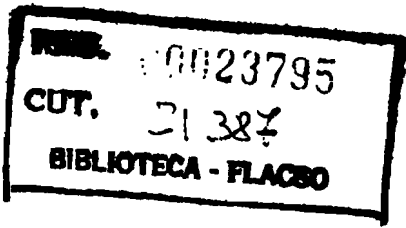
JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER, MARTÍN HOPENHAYN
TOMÁS MOULIAN, LUDOLFO PARAMIO

Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile

FLACSO - EMBUSCO

Flacso
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

300.72.
P211P



Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile.
José Joaquín Brunner, Martín Hopenhayn,
Tomás Moulian y Ludolfo Paramio.

© FLACSO
Inscripción N° 87.485
I.S.B.N. 956-205-063-7

Diseño de portada: Patricio Andrade y Mauricio Espinoza
Diseño interior: Patricio Andrade
Composición: Jorge Gacte
Producción editorial: Eduardo Díaz E.
Impresión: S.R.V. Impresos S.A.
Tocornal 2052 - Fonofax: 551- 9123
Santiago.

Se terminó de imprimir en
Agosto de 1993.
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.

Indice

Prólogo	9
La investigación social positiva y la utilización del conocimiento José Joaquín Brunner	15
El marxismo en Chile: Producción y utilización Tomás Moulian	107
El materialismo histórico como programa de investigación Ludolfo Paramio	163
El humanismo crítico como campo de saberes sociales en Chile Martín Hopenhayn	203

La investigación social positiva y la utilización del conocimiento

José Joaquín Brunner

1. El sistema de la investigación social positiva

... pues la raíz de todas las desventajas y de todas las desventajas que pueden ser eludidas mediante invenciones humanas es la guerra y, en primer lugar, la guerra civil; de ella surgen el asesinato, la devastación y la escasez de todas las cosas. La causa no es que los hombres quieran la guerra...; tampoco lo es su ignorancia respecto a que las consecuencias de la guerra sean calamidades... La guerra civil es posible por lo tanto, únicamente, porque no se conocen las causas ni de la guerra ni de la paz... ¿Mas por qué no se las ha estudiado, a no ser por la razón de que hasta ahora no ha habido para ello ningún método claro y exacto?

Thomas Hobbes, *Grundzüge der Philosophie*.

La investigación social disciplinariamente organizada, surgió en Chile dentro de la tradición del *positivismo*¹. Un sector de ella, del que aquí nos ocuparemos, ha evolucionado a partir de esa matriz hasta el presente, manteniendo a lo largo del tiempo los mismos ideales explicativos y una semejante orientación hacia los asuntos prácticos, aunque en el camino recorrido su programa se ha modificado y enriquecido con el propio

1. Ver Brunner, José Joaquín, *El caso de la sociología en Chile. La formación de una disciplina*; FLACSO, Santiago de Chile, 1988. Volveremos sobre esta conexión más adelante, en el capítulo 2 de este trabajo.

desarrollo de las ciencias sociales, bajo la presión de las cambiantes condiciones del contexto político, económico y cultural.

Denominaremos a ese sector de la investigación social, así orientado, el *sistema de la investigación social positiva*. Como esperamos mostrar, él se halla animado del «espíritu positivo» que busca combinar, simultáneamente, la producción de conocimientos científicos con su aplicación práctica mediante operaciones de ingeniería social.

La noción de *sistema de investigación* realiza un recorte dentro del conjunto de las prácticas institucionalizadas de investigación social que ocurren en un campo científico determinado. Ella nos refiere, por tanto, a un colectivo de investigadores (y a sus posiciones y relaciones dentro de ese campo) identificados, en este caso, por una común orientación de sus prácticas de investigación, la que se halla condicionada por una tradición de pensamiento compartida, por una comunidad de «referentes teóricos» y, sobre todo, por un «interés rector del conocimiento». A diferencia de Habermas, no entendemos dicho interés solamente como una determinación «cuasitrascendental» de las formas de conocimiento sino, además, como una lógica de producción del conocimiento que genera, en el caso de este sistema, su potencial de utilización mediante aplicaciones técnico-instrumentales. Por este último concepto podemos llamar a nuestro sistema, también, como de investigación social *empírica* o *técnica*, mirando en el primer caso al carácter que deben tener las teorías para reclamar el estatuto de científicas y, en el segundo, a los efectos de su aplicación instrumental mediante operaciones de tecnología social.

Conforme a su origen en la historia de las ideas, y de la filosofía social en particular, podríamos además denominar a este sistema de investigación social como *hobbesiano*. Efectivamente, como ha señalado Habermas, fue Thomas Hobbes quien desarrolló por primera vez «la pretensión de una filosofía social de base científica (que) trata de establecer definitivamente las condiciones necesarias para el orden correcto del Estado y de la sociedad como tal». Que, además, postula que «la transformación del conocimiento en la práctica, la aplicación, es un problema técnico», dependiendo de la «generación correctamente calculada de reglas, relaciones e instituciones». De donde se produciría, en este sistema de investigación de matriz hobbesiana, una nítida separación entre la política y la moral, puesto que los ingenieros del orden social correcto podrán «limitarse a la construcción de las condiciones bajo las cuales los seres humanos, como todos los objetos de la

naturaleza, se comportarán necesariamente en una forma calculable», sustituyéndose así la «instrucción para la práctica de una vida buena y justa por la posibilidad de una vida de bienestar dentro de un orden correctamente instituido»².

Por ese rasgo *hobbesiano*, el sistema de investigación social positiva, como veremos, está sujeto continuamente a crítica, puesto que se halla expuesto a la acusación de reducir la política a la técnica y de prestarse a las más abyectas formas de manipulación, opresión y represión. Al mismo tiempo, su pretendida capacidad de analizar científicamente la sociedad y de ofrecer conocimientos instrumentalizables técnicamente para el tratamiento de los problemas que aquejan a la sociedad, ha hecho de este sistema de investigación un sujeto de elogios, de esperanzas y, a veces, de cuantiosos recursos para su operación, bajo el supuesto que él guarda la promesa de ese «método claro y exacto» que permitiría evitar las guerras, la devastación y la escasez de todas las cosas y asegurar el progreso de la humanidad.

Cualquier sistema de investigación social necesita ser analizado bajo dos aspectos³.

Por un lado, su *contenido intelectual*, o sea, el lado que corresponde al sistema conceptual, el cual no permanece estático a lo largo del tiempo. En su evolución encontraremos las «unidades de variación», vale decir, las variantes conceptuales tentativas que circulan dentro de un sistema en un momento determinado; y las «unidades de modificación», entendidas como los cambios conceptuales efectivamente producidos que son incorporados a la tradición conceptual del sistema en cuestión. Es decir, en este lado del sistema hay innovación y hay selección de nuevos conceptos que son incorporados definitivamente al sistema.

Por otro lado, su *base profesional*, es decir, el lado que corresponde al grupo de practicantes (investigadores) que encarnan y comparten esa tradición intelectual y trabajan con ella, «que intercambian información, arguyen y presentan sus resultados mediante una variedad de publicaciones y reuniones, compiten por cátedras y presidencias de academias, y tratan de sobresalir a la par que anhelan conquistar su mutua estima»⁴.

2. Habermas, Jürgen, *Theory and Practice*; Beacon Press, Boston, 1973, p. 43.

3. Para lo que sigue adaptaremos a fines de nuestro uso algunas categorías elaboradas en Toulmin, Stephen, *La comprensión humana* (Vol. I), Alianza Editorial, Madrid, 1977, especialmente pp. 107 y ss. y Sección B, pp. 143-321.

4. Toulmin, Stephen, *op. cit.*, p. 268.

El sistema conceptual y la comunidad de practicantes existen en recíproca interdependencia. Estos últimos producen conocimientos dentro de esa tradición y, en ese proceso, la modifican y profundizan. El sistema conceptual, por su lado, sólo existe en relación a la base profesional de practicantes que lo asumen y usan en su trabajo y adquieren su identidad a partir de él.

La tradición positivista confirmada

En el fondo de la autocomprensión positivista se encuentra la convicción de que el objetivo de las ciencias sociales es semejante al de las ciencias naturales. Su aspiración es, por lo mismo, fundar una «teoría empírica» de la sociedad, apoyada —como decía Comte— en la observación y la comparación sistemáticas. En términos modernos, se dirá que esa teoría aspira a estar basada en «la recolección y el refinamiento de los datos, el descubrimiento de correlaciones, y la formulación de generalizaciones empíricas verificables, hipótesis y modelos (...) También deben surgir teorías verificables y bien confirmadas que expliquen los fenómenos demostrando cómo pueden derivarse en formas no triviales de nuestros supuestos teóricos. En el fondo de la explicación científica debe haber el descubrimiento y la utilización de leyes o enunciados nomológicos»⁵, esto es, semejantes a leyes.

La idea de desarrollar una ciencia positiva de la sociedad estuvo ligada a su vez, desde los orígenes de la fundamentación de la filosofía social como ciencia, a la intención de intervenir y reorganizar racionalmente el orden de la sociedad⁶. Esta ciencia social fue, por ese concepto, hija de la Ilustración y compartió el ideal de reformar a la sociedad en nombre de la razón y con el fin de asegurar el progreso de la humanidad. Fue, por eso mismo, un producto típico de la modernidad, cuya alma faustiana compartió⁷.

5. Berstein, Richard J., *La reconstrucción de la teoría social y política*; Fondo de Cultura Económica, México, 1983, pp. 69-70.

6. Ver al respecto la discusión de J. Habermas sobre Hobbes y la refundamentación de la filosofía social como ciencia. En Habermas, Jürgen, *Teoría y Praxis*; Ediciones Sur, Buenos Aires, 1966, pp. 25-50.

7. Nos referiremos aquí, específicamente, a la tercera metamorfosis, como la llama M. Berman, de Fausto: aquella que lo convertirá en el *developer*, esa figura emblemática de la modernidad, en la cual converge precisamente la capacidad de

Con todo, como se ha señalado muchas veces, esa relación entre la «teoría empírica» y una «teoría normativa» de la acción no ha sido fácil de establecer dentro de esta tradición. Pues, según suele indicarse, mientras la primera da lugar a proposiciones referentes a hechos que pueden ser probadas verdaderas o falsas, en cambio las proposiciones normativas incluyen aspectos referidos a valores que no pueden ser tratados del mismo modo. El aspecto de valor, en efecto, no se refiere a hechos, de donde algunos concluyen que no podría haber —dentro de esta tradición y dados sus propios principios orientadores— una teoría normativa racionalmente fundada.

No se trata, sin embargo, de entrar aquí (lo haremos limitadamente más adelante) al ruedo de esa discusión teórico-metodológica, cuya trayectoria habría que seguir desde Max Weber hasta nuestros días. Pues, en la práctica, la investigación social de matriz positivista ha resuelto continuamente ese problema en favor del involucramiento de las ciencias sociales en el modelamiento de la sociedad, incluso en ausencia de una teoría que relacione satisfactoriamente los hechos y los valores; cerrando así prácticamente la brecha (o el abismo, como se desea) entre la explicación y la acción.

apropiarse y de aplicar el conocimiento producido por la investigación a la transformación del mundo circundante, natural y social. Recuerda Berman el momento en que Fausto, contemplando la vasta energía del mar frente a sí, se exalta pensando cómo esa energía se pierde inutilizada, «and nothing is achieved».

This drive me near to desperate
distress!
Such elemental power unharnessed,
purposeless!
There dares my spirit soar past all it knew;
Here I would fight, this I would subdue!

Y más adelante, Fausto exclamará: «And it is possible ... Fast in my mind, plan upon plan unfolds».

Nos encontramos aquí, de pronto, señala Berman, en un punto nodal de la autoconciencia moderna. «Estamos presenciando el nacimiento de una división del trabajo, una nueva vocación, una nueva relación entre las ideas y la vida práctica. (...) Fausto se está transformando en un nuevo tipo de hombre, para adaptarse a una nueva ocupación. En su nuevo trabajo, él pondrá en acto algunas de las más creativas y también de las más destructivas potencialidades de la vida moderna; él será el consumado destructor y creador. La figura oscura y profundamente ambigua que nuestra época ha llamado 'the developer'». Fausto se convierte aquí, finalmente, en el modernizador.

Ver Berman, Marshall, *All that is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity*. Simon and Schuster, New York, 1982.

Podemos analizar esa *resolución práctica* del problema planteado en la teoría recurriendo a diversas explicaciones. Una de ellas, que hace un uso seguramente indebido pero útil de Habermas, consiste en argumentar que las ciencias empírico-analíticas, cuyo modelo el positivismo emplea para fundar una ciencia semejante de la sociedad, se guían por un interés cognoscitivo técnico, proporcionando los conocimientos necesarios para la acción instrumental y el control operativo de los sistemas. Vale decir, estaríamos aquí frente a un sistema de investigación cuyo «interés constitutivo de conocimiento», lo conduce a proveer información «técnicamente utilizable» en el dominio de la acción instrumental y estratégica. En efecto:

La acción instrumental está gobernada por reglas técnicas basadas en el conocimiento empírico. En todo caso, tales reglas implican pronósticos condicionales acerca de eventos observables, físicos o *sociales*. Estos pronósticos pueden resultar correctos o incorrectos. La conducta de la elección racional está gobernada por estrategias basadas en el *conocimiento analítico*. Tales estrategias implican una deducción de reglas de preferencia (sistemas de valor) y procedimientos de decisión; estas proposiciones se deducen en forma correcta o incorrecta. La acción deliberada racional alcanza metas definidas bajo condiciones dadas. Pero mientras la acción instrumental organiza medios que son apropiados o no apropiados de acuerdo con los criterios de control efectivo de la realidad, la acción estratégica depende de la evaluación correcta de posibles elecciones alternativas resultantes del cálculo complementado por valores y máximas⁸.

No se trata, por tanto, de que los investigadores que actúan dentro de las disciplinas constituidas por este interés cognitivo estén ellos, necesariamente, preocupados de la aplicación técnica de sus teorías ni de que ellos deban abandonar la actitud «desinteresada» supuesta por cualquier investigación científica⁹. Es la propia «forma» de los conoci-

8. Habermas, Jürgen, *Toward a Rational Society*. Beacon Press, Boston, 1970, pp. 91-92. Las cursivas son mías. (J. J. B.)

9. Por lo demás, es conocido el hecho que el pretendido «desinterés» del *ethos* científico, tal como lo propone Merton, ha entrado crecientemente en contradicción con la naturaleza y la práctica de la ciencia gubernamental, industrial e incluso con muchas manifestaciones de la ciencia académica. Al efecto, ver Barnes, S. B. and Dolby, R. G.,

mientos constituidos por ese interés cognoscitivo la que constituye un «dominio» de objetos y eventos sujetos a control técnico. O, como señala el propio Habermas en otra parte, «las teorías de las ciencias empíricas revelan la realidad sujetas al interés constitutivo por la posible obtención y expansión, a través de la información, de la acción vigilada por la retroalimentación (donde pueden confirmarse y refutarse las hipótesis; mi agregado). Este es el interés cognoscitivo, concluye Habermas, por el control técnico de procesos objetivados»¹⁰.

En breve, en nuestro sistema de investigación bajo estudio, la experiencia del conocimiento se organiza categorialmente «con respecto al éxito de las operaciones», de donde arranca asimismo la moderna tradición, asociada a la investigación de matriz positivista, de la «ingeniería social» a la que nos referiremos más adelante.

Por lo demás, resulta evidente que los procesos de racionalización y burocratización propios de la sociedad moderna han favorecido irresistiblemente la incorporación de esas ciencias positivas al control de la naturaleza y de los hombres. En este sentido, cabría postular que una perspectiva positivista, tal como aquí la hemos entendido, refleja a la vez que refuerza lo que la vida social y política se ha ido volviendo bajo las condiciones de la modernidad.

La tradición positivista impugnada

La conexión que existe entre la difusión de una racionalidad regida por fines (*Zweckrationalität*), tal como la describe Max Weber, y la autocomprensión de la tradición positivista en las ciencias sociales se ha convertido, en efecto, en uno de los temas cruciales para la comprensión de la propia modernidad.

Casi podría decirse que una cierta orientación de la ciencia — aquella que da lugar a la investigación hipotética, falible, empírica— parece haber llegado a ser una marca de la modernidad, a la vez que sus avances y aplicaciones impulsan a ésta a lo largo de un proceso creciente

«The Scientific Ethos: a deviant view point», *Archiv. Europ. Sociol.*, XI (1970), 3-25. Sobre ciencia académica, industrial y gubernamental, ver Ziman, John, *Introducción al estudio de las ciencias*, Ariel, Barcelona, 1986.

10. Habermas, Jürgen, *Knowledge and Human Interest*, Beacon Press, Boston, 1971, p. 309.

y expansivo de racionalización que, ya hace tiempo, el mismo Weber había señalado que nos encierra en una «jaula de hierro»¹¹.

La pregunta que suele plantearse en este contexto es: bajo qué condiciones sería posible que las estructuras modernas de la conciencia no caigan presa «unidimensionalmente» de esa racionalidad regida por el interés cognitivo-instrumental, una de cuyas expresiones es el despliegue de las ciencias analítico-empíricas orientadas por un interés técnico de control.

Según sostiene Habermas¹², la racionalización de la sociedad puede ocurrir —como posibilidad— en tres esferas de valores culturales que corresponden a dominios separados, cada uno regido por intereses de conocimiento diversos. «Podemos pensar entonces en la racionalidad estructuralmente posible de la sociedad como si fuera una «combinación» de las ideas correspondientes (a los dominios de la ciencia y la tecnología, la ley y la moral, el arte y el erotismo) con los intereses (respectivos) y su incorporación a los correspondientes órdenes de vida diferenciados». En base a ese modelo, Habermas cree poder establecer las condiciones necesarias para lo que él llama un «patrón no-selectivo de racionalización»; esto es, uno en que los respectivos procesos de racionalización ocurrieran conforme a su propia lógica inmanente, evitando su «subordinación a las leyes intrínsecas de órdenes de vida heterogéneos».

Esas condiciones mínimas necesarias, que permitieran evitar la racionalización expansiva de la «jaula de hierro», serían:

- Primero, que las tres esferas de valores culturales se conecten con los sistemas de acción correspondientes de modo tal que la producción y transmisión del conocimiento especializado queden aseguradas según los requisitos de validez respectivos;
- Segundo, que el potencial cognitivo desarrollado por cada una de las culturas especializadas pase, a su vez, a la práctica comunicativa cotidiana y se vuelva fructífero para los sistemas de acción social;
- Tercero, finalmente, que las esferas de valor cultural sean institucionalizadas equilibrándose de tal modo que los órdenes de

11. Este tema ha sido abordado por Habermas, Jürgen, *Toward a Rational Society*, op. cit., especialmente en su artículo sobre II. Marcuse.

12. Ver Habermas, Jürgen, *Theorie des Kommunikativen Handelns* (vols. 1 y 2), Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1982. Las citas que siguen corresponden al vol. I, II. 3, pp. 299-331, y el esquema de los complejos de racionalización se encuentra en la pág. 326.

vida correspondientes sean lo suficientemente autónomos como para evitar su subordinación a órdenes de vida regidos por leyes internas heterogéneas.

El modelo propuesto por Habermas supone que la diferenciación estructural de la conciencia moderna que hace posible esa diversidad de tipos de racionalización, se expresa en la capacidad socialmente adquirida de desarrollar diferentes actitudes —*objetiva, ajustada a normas y expresiva*— respecto a los elementos de los diferentes mundos concebidos formalmente; los mundos que denomina «objetivo», «social» y «subjetivo».

Combinando esas tres actitudes básicas con los tres conceptos formales del mundo, podemos obtener nueve «relaciones pragmáticas formales», sólo algunas de las cuales, según Habermas, serían posibles de ser racionalizadas; o sea, prestarse para la acumulación y adquisición de conocimientos, desarrollando las respectivas esferas de valor cultural de acuerdo con su propia lógica interna¹³.

Las relaciones que según Habermas serían «racionalizables», tal como se muestra en el siguiente esquema (véase a vuelta de página), caen dentro de tres «complejos de racionalidad»: el instrumental-cognitivo, el práctico-moral y el práctico-estético.

Para nuestro análisis interesa lo relativo al complejo de racionalización que nace de la actitud *objetivadora* respecto a los mundos *objetivo* (ciencia y tecnología) y *social* (tecnología social). En estos casos, la racionalidad cognitivo-instrumental se institucionaliza en las empresas científicas que llamamos habitualmente «disciplinas» (1.1), y en tecnologías que inciden en el mundo objetivo (1.1) y social (1.2).

El hecho de que el mundo social sujeto a una actitud objetivadora (1.2 en el esquema) quede reducido solamente a «tecnologías sociales»,

13 La idea implicada es que «si las esferas de valor cultural se distinguen por una producción del conocimiento que se diferencia según los requisitos de validez y se hace acumulativo, y si la continuidad de este conocimiento se puede garantizar sólo por medio de los procesos de aprendizaje que se hacen reflexivos —esto es, que se acoplan en relaciones de retroalimentación con las formas de argumentación especializada e institucionalizadas—, entonces podríamos demostrar para cada esfera de valor históricamente articulada (...) la existencia de unas relaciones plausibles para una forma típica de argumentación especializada de acuerdo con un requisito de validez universal». Habermas, Jürgen, *Theorie des Kommunikativen Handelns...*, op. cit., pp. 327-28.

COMPLEJOS DE RACIONALIZACIÓN: HABERMAS (P.326)

Mundos: Actitudes básicas	1 Objetivo	2 Social	3 Subjetivo	1 Objetivo
3 Expresivo	Arte			
1 Objetivador	Racionalidad cognitivo Ciencia Tecnol.	instrument Tecnol. sociales		
2 Ajustamiento a la norma		Racionalidad práctico	moral	
3 Expresivo			Racionalidad práctico Erotismo	estética Arte

plantea una serie de problemas¹⁴, sobre todo desde el momento que se sugiere, como hace Habermas interpretando a Weber en este punto, que «nada puede aprenderse de una actitud objetivadora sobre la naturaleza interior como subjetividad» (o sea, sobre las emociones y los sentimientos, los deseos y las tendencias, las creencias y las intenciones); razón por la cual también el casillero (1.3) del esquema se halla vacío.

¿Qué significa, entonces, que el conocimiento adopte en el caso de (1.2) la forma de «tecnologías sociales»? O, dicho en otros términos, ¿qué significado debe atribuírse al hecho que no se mencione, justamente en ese casillero, pero tampoco en ninguno otro, a las ciencias sociales?

Según McCarthy, caben aquí dos posibilidades de interpretación. O bien Habermas niega la existencia de cualquiera ciencia social objetivadora, dejando caer con ello, asimismo, la posibilidad de una

14. Ver al respecto McCarthy, Thomas, «Reflexiones sobre la racionalización en la teoría de la acción comunicativa», en VV. AA., *Habermas y la modernidad*: Cátedra, Madrid, 1988.

investigación social de ese tipo que pudiera dar lugar a una acumulación de conocimientos. O bien, dado que lo anterior parece no corresponder a una lectura consistente de Habermas, habría que concluir que el mundo de lo social (incluida la cultura) forma parte, al igual que la naturaleza, de un mundo «de hechos sobre los que es posible hacer enunciados verdaderos» (observaciones y aserciones) y en los que es posible intervenir de un modo efectivo (mediante tecnologías sociales).

Por otra parte, nuestro mundo social de relaciones interpersonales legítimamente reguladas, de las normas que pueden cumplirse o violarse; el mundo social intersubjetivamente compartido, cuya generalidad se realiza por medio de las pretensiones que se hacen respecto de la exactitud normativa es, según la definición de Habermas, una realidad normativa respecto de la cual nuestra relación básica es de obligación y no de observación. Definido así formalmente, el mundo social contiene elementos de lo que normalmente se considera (materialmente) como sociedad pero no, según Habermas, de la naturaleza¹⁵.

Esta segunda lectura, que excluye entonces el dominio de lo social del ámbito de las ciencias analítico-experimentales, no explica, sin embargo, por qué las «tecnologías sociales» aparecen a pesar de todo bajo la columna de lo social, donde la acción precisamente se halla sujeta a requisitos de validez normativa, o sea, a un modo de racionalidad que Habermas llama práctico-moral.

Quizá entonces estemos de vuelta aquí, ahora en un nivel superior de complejidad conceptual, en esa brecha (o abismo) que separa a las explicaciones de los valores, sólo que de una manera radicalizada. Pues las ciencias sociales de inspiración positiva pierden aquí su conexión con el mundo social como mundo de sentidos compartidos al mismo tiempo que las tecnologías sociales pierden el suyo con los imperativos práctico-morales, que constituyen el mundo social donde operan.

Concluye McCarthy: «parece, en otras palabras, que no podríamos relacionarnos en absoluto con el mundo social de Habermas en una actitud objetivadora, ya que (aquel) se define formalmente como el correlato de una actitud que se ajusta a una norma»¹⁶.

15. *Ibid.*, p. 286.

16. *Ibid.*, p. 286.

De ser así supondría, además, que no cabe que el sujeto adopte actitudes básicas *diferentes* hacia un *mismo* mundo formalmente definido.

La salida de este verdadero *cul de sac*, como ya se insinúa, es que nada impide, en principio, que se adopten actitudes *diferentes* frente a un mismo mundo definido formalmente, incluso en el caso del mundo social en el cual participamos, antes que todo, con nuestras propias competencias como participantes sociales. Según señala el propio Habermas en otro lugar:

La sociedad designa aquel segmento de la realidad pre-estructurado simbólicamente que el sujeto adulto puede comprender en una actitud conforme a normas; esto es, como alguien que actúa comunicativamente (como alguien que participa en un sistema de comunicación). Las relaciones interpersonales legítimas pertenecen a esto, así como las instituciones, tradiciones, valores culturales, etc. Podemos sustituir esa actitud de ajuste con una actitud objetivadora respecto a la sociedad¹⁷.

El hecho pues de objetivar las relaciones sociales no las convierte necesariamente en elementos del mundo objetivo sino que, solamente, en elementos del mundo social considerado objetivamente.

O sea que así como participamos competentemente en el mundo social sobre la base de una actitud ajustada a normas, asimismo podemos adoptar una actitud objetivadora para considerarlo como objeto de investigación científica y de control técnico, independientemente de que actúemos en él, cotidianamente, de manera ajustada o desviada respecto de las normas. Lo anterior sugiere, además, la posibilidad de extender esa misma actitud objetivadora al mundo subjetivo, o sea, hacia el casillero vacío (1.3) del esquema de «complejos de racionalización» de Habermas¹⁸.

En relación con este último punto, los argumentos de McCarthy parecen suficientes para dar por hecho que efectivamente es posible, también en este caso, «sustituir» una actitud de ajuste a normas con una

17. Habermas, Jürgen. *Communication and the Evolution of Society*; Heinemann. London, 1979, p. 66.

18. El mismo Habermas reconoce esa posibilidad y la analiza brevemente en Habermas, Jürgen. *Communication and Evolution of Society*, op. cit., p. 67.

actitud objetivadora respecto al mundo subjetivo de los deseos, intenciones, sentimientos, creencias, etc. Pues es claro que nada excluye, como de hecho ocurre con el caso de variadas prácticas terapéuticas e investigaciones de psicología clínica o incluso, crecientemente, con la aproximación (típicamente objetivadora) de la neurobiología, que el mundo subjetivo pueda ser tratado como experiencia observable, aunque frecuentemente (pero no necesariamente) ello suponga, como dice McCarthy, la habilidad personal «para expresar la propia naturaleza interior y para que sirva como un tú en las autorrepresentaciones de los otros».

En suma, la impugnación de Habermas a las ciencias sociales de tradición positivista-empírica sólo logra sostenerse si acaso se bloquea la posibilidad de adoptar una actitud objetivadora hacia el mundo social y el mundo subjetivo. En este caso, las ciencias sociales tendrían que ser refundadas desde otro lugar y a partir de una actitud que no fuera objetivante¹⁹. Veremos más adelante, en el capítulo III, cómo esta encrucijada ha sido abordada desde el punto de vista de la investigación social.

19. La cuestión, entonces, vendría a ser acaso es posible generar una ciencia social que no se base en una actitud básica de tipo objetivante y que, además, defina su dominio de objetos y su interés rector de conocimiento de manera radicalmente distinta a como lo hacen las ciencias analítico-experimentales. En algunos momentos Habermas parece defender esta tesis. Por ejemplo, cuando funda la idea de las disciplinas histórico-hermenéuticas por oposición a las analíticas-explicativas. Así, dice:

Las ciencias histórico-hermenéuticas obtienen el conocimiento de un marco metodológico diferente. Aquí el significado de la validez de las proposiciones no se constituye en el marco del control técnico... Porque las teorías no se construyen deductivamente y la experiencia no se organiza con respecto al éxito de las operaciones. El acceso a los hechos deriva del entendimiento del significado, no de la observación. La verificación de hipótesis semejantes a leyes en las ciencias empírico-analíticas tienen aquí su contrapartida en la interpretación de textos. Así pues, las reglas de la hermenéutica determinan el posible significado de la validez de los enunciados de las ciencias culturales.

Habermas, Jürgen, *Knowledge and Human Interest*, op. cit., p. 309.

En otras palabras, estas ciencias estarían constituidas por el interés práctico cuyo fin es «la aclaración de las condiciones necesarias para la comunicación y la intersubjetividad» (Berstein, Richard, *La reestructuración...*, op. cit., p. 248). En cualquier caso, no parece que ambas aproximaciones «científicas» a lo social (y lo subjetivo) necesiten ser excluyentes entre sí, y tampoco resulta claro por qué una ciencia histórico hermenéutica no proporcionaría conocimientos que, por la vía del «uso de la clarificación», pudieran ser utilizados para el control de procesos simbólicos y de interacciones regidas por normas. Volveremos sobre esto en los capítulos III y IV.

La ingeniería social limitada

La ingeniería social (*social engineering*) es el rótulo anglosajón que nos servirá para traer a tierra las disquisiciones anteriores. Pues, como dijimos, ha sido en el terreno práctico donde la tradición positivista ha intentado resolver, tal vez muchas veces sin una teoría demasiado compleja por detrás, esa conexión entre ciencia social y tecnología social; o entre explicación teórico-empírica y acción social regida normativamente.

En efecto, más allá de los temores que despierta el control tecnocrático de la vida psicológica y social —la jaula de hierro en *a brave new world*—, e incluso el propio rótulo de la ingeniería social, existe una suerte de consenso, sobre todo en la tradición intelectual del positivismo, de que es posible y necesaria la aplicación del conocimiento producido por la investigación social al tratamiento de los problemas prácticos de la sociedad.

Karl Popper ha proporcionado los argumentos «clásicos» de defensa de esta posición en el capítulo «*Piecemeal versus Utopian Engineering*» de su libro *The Poverty of Historicism*²⁰. Bajo el término de «ingeniería social gradual», Popper entiende el conjunto de actividades privadas o públicas que, para alcanzar un fin o meta, conscientemente «utilizan todo el conocimiento tecnológico disponible». Se trata pues de acciones que caen dentro de la racionalidad que Weber llamaba *Zweckrationalität*, y que Habermas describe como «acciones racionales deliberadas» o de propósito, las cuales pueden considerarse bajo dos aspectos: el de la eficiencia empírica de los medios técnicos y el de la consistencia de la elección entre los medios adecuados. Según dirá Habermas, «la racionalidad de los medios requiere un conocimiento empírico, técnicamente utilizable. La racionalidad de las decisiones requiere la explicación y la consistencia interior de los sistemas de valor y de las máximas de decisión, así como la derivación correcta de los actos de elección»²¹.

20. Popper, Karl, *The Poverty of Historicism*; Routledge. London, 1957. Las citas que siguen corresponden a la edición de 1963.

21. Habermas, Jürgen, *Communication and Evolution of Society*, op. cit., p. 117. En este mismo lugar Habermas vuelve a desarrollar y fundamenta la distinción categorial entre acción deliberada de propósito y acción comunicativa, argumentando que cada una está sujeta a modalidades de racionalización diversas, pudiendo dar lugar, asimismo, a modalidades de aprendizaje que son diferentes. Así, mientras las estructu-

El problema de los fines de la acción de ingeniería social no se plantea para Popper, igual como ese problema no surge, señala, en el caso de la ingeniería física. Pues los fines están más allá de la provincia de la tecnología. Lo único que este tipo de conocimiento puede decir respecto de los fines es acaso son compatibles o no entre sí y si acaso son realizables.

El ingeniero social gradual de Popper se propone como tarea «diseñar instituciones sociales, y reconstruir y administrar aquellas existentes». Su aproximación a dichas instituciones será hecha desde un punto de vista que él llama «funcional» o «instrumental»; o sea, con esa actitud que antes hemos denominado objetivante. Reconoce, con todo, que las instituciones sobre las cuales opera la ingeniería social no son máquinas; ellas actúan a través de un personal que forma parte del mundo social y cuyos miembros poseen una dimensión subjetiva.

Socráticamente, el ingeniero social popperiano debe saber lo poco que sabe, es decir, aceptar la limitación del conocimiento que puede llegar a tener. De allí se deducen igualmente los límites que existen para intentar una planificación global (utópica) de la sociedad²². Por eso mismo, el ingeniero social «recorrerá su camino paso a paso, comparando con cuidado los resultados esperados con los resultados alcanzados, y siempre estará alerta a las consecuencias inevitables no deseadas de toda reforma; y no emprenderá reformas cuya complejidad y alcance le imposibiliten la aclaración de las causas y los efectos y el conocimiento de lo que realmente está haciendo».

Dado, sin embargo, que la ingeniería social no resuelve ella misma, a partir del conocimiento que moviliza, sobre los fines de la acción de intervención y control, ella puede ser usada por las más diversas tendencias, liberales o totalitarias. Según acota R. Bernstein, «la tarea de aplicación de la solución final al problema judío por parte de los nazis fue una tarea de ingeniería que involucraba muchas

ras de racionalidad surgidas de la racionalización de la acción instrumental se instituyen en tecnologías, estrategias, organizaciones y calificaciones, en cambio las estructuras de racionalidad surgidas de la racionalización de la acción comunicativa se incorporarían en concepciones de mundo, en mecanismos para regular conflictos (instituciones) y en procesos de formación de identidad. O sea, en general, en el desarrollo de estructuras normativas.

22. Al respecto, ver Hinkelammert, Franz, *Crítica de la razón utópica*; DEI, San José de Costa Rica, 1984, pp. 160-68.

cuestiones técnicas acerca de los medios más eficaces para atrapar a los judíos, transportarlos a los campos de concentración y asesinarlos»²³.

El hecho de que la ingeniería social dependa de la especificación de las metas que se desea alcanzar, y que este aspecto no pueda resolverse desde la posición de las ciencias analítico-empíricas ni con el conocimiento que ellas producen, no ha impedido, sin embargo, que la tradición de utilización del conocimiento producido dentro de este sistema haya continuado desarrollándose.

La ingeniería social extendida

En 1968, Philip Hauser, en su alocución presidencial ante la American Sociological Association, formuló la visión que podemos llamar optimista respecto a la ingeniería social en conexión con las ciencias sociales²⁴.

Se trata, sostenía Hauser, de un enfoque completamente nuevo, que tiene que ver con la aplicación del método científico a los fenómenos sociales al igual que a los físicos y biológicos; y de la emergencia de un conjunto de actividades de ingeniería social paralelas a las actividades tecnológicas nacidas de las ciencias físicas y biológicas. Surgía con ello, incluso, una nueva profesión, aunque todavía compuesta de unos pocos practicantes, la cual se hacía cargo de la administración de esas tecnologías sociales: el administrador público, el urbanista, el trabajador social, el educador, el criminologista, el planificador, el administrador de empresas.

El enfoque de la ingeniería social, dirá Hauser, «es dependiente del conocimiento producido por las ciencias sociales y de la sabiduría basada en la experiencia de resolver problemas. Es el rol de las ciencias sociales en general, al igual que de la sociología en particular, el proporcionar el necesario conocimiento. Tal es el objetivo de la investigación, de la recolección de datos, su procesamiento y análisis».

El propósito práctico de la información social es permitir la «contabilidad social»; vale decir, generar un sistema de control de información para servir a las necesidades del administrador de un

23. Bernstein, Richard, *La reconstrucción...*, op. cit., p. 78.

24. Hauser, Philip, "The chaotic society: product of the social morphological revolution", *American Sociological Review*, vol. 34, N° 1, February 1969.

programa u organización. Hauser se refiere en conexión a esto a la necesidad de que los científicos sociales desarrollen indicadores sociales que hagan posible una efectiva contabilidad.

Más adelante insiste en que el rol de las ciencias sociales es generar el conocimiento «sobre cuya base pueda orientarse la política y la acción social hacia la solución de nuestros problemas. La función primaria del científico social (sin embargo) es la investigación, la producción de conocimientos. No es su función, *qua* científico, transformarse en un ingeniero social.» Ambas funciones, argumenta, son distintas y deben recaer en cuerpos especializados de practicantes.

Al abordar la cuestión de los fines de la acción social de ingeniería basada en conocimientos producidos por la investigación, Hauser señala que su fijación no es una función científica ni técnica. «Es una función, en cambio, que debe ser realizada por la sociedad en su conjunto, a través de sus líderes políticos y sociales. En la sociedad democrática, (concluye) esos fines presumiblemente reflejarán los deseos de la mayoría».

Con todo, el científico social y el ingeniero social ocuparían una posición estratégica «para participar en la formación de metas. Ellos deben trabajar estrechamente con líderes políticos y sociales para ayudar a generar un amplio espectro de opciones que reflejarán, en lo posible, los requerimientos y consecuencias de metas específicas.»

En fin, se planteaba Hauser la pregunta si acaso la sociedad contemporánea, caotizada por las grandes transformaciones en curso, lograría sortear los mayores peligros que la acechaban hasta alcanzar la etapa del «rational decision-making», única manera de hacerse cargo de sus problemas más acuciantes y de resolverlos mediante el conocimiento científico y de la ingeniería social.

Al momento que Hauser dictaba su conferencia, ya era evidente que la conexión entre la tradición de la ciencia social positiva y el nuevo proyecto de ingeniería social se había establecido firmemente y estaba extendiéndose, aún a espaldas de los problemas teóricos y políticos que formulaban los críticos. El eco de esas críticas resuena todavía ahora, por ejemplo en esta frase: «Hauser oscurece los problemas normativos centrales que deben confrontarse honestamente para que el enfoque de la ingeniería social tenga alguna plausibilidad en absoluto y no se utilice como un instrumento de la dominación y la represión sociales»²⁵.

25. Bernstein, Richard, *La reconstrucción ...*, op. cit., p. 79.

El hecho, sin embargo, es que esas críticas se mantienen en un plano, digamos así, epistemológico o filosófico, sin hacerse cargo de que en la sociedad ellas van encontrando múltiples formas de «superación», incluso la utilización del conocimiento como «un instrumento de la dominación y la represión sociales». Efectivamente, también en este último plano los procesos de «control técnico racional» avanzan a pasos agigantados, «cientificando» la represión y generando tecnologías de dominación crecientemente sofisticadas. Pero ello nunca ha significado que se abandone la pretensión de incorporar el conocimiento producido por la investigación social a los procesos de organización y transformación de la sociedad.

En el epílogo a un libro publicado el año 1972, Philip Hauser volvió a escribir sobre el tema de la ingeniería social, esta vez bajo el provocativo título de «la ciencia social y la sociedad de 2068»²⁶. Este informe futurista refleja bien las aspiraciones «hobbesianas» de una ciencia social que desearía ser útil para el progreso de la sociedad. «Durante el pasado año 2068, escribe allí Hauser, al igual que en las últimas décadas, la sociedad ha continuado considerando a las ciencias sociales como la base fundamental de conocimiento en los procesos de desarrollo de la ingeniería social». En ese mundo futuro, venía a establecerse la Oficina Mundial de Patentes de la División de Ciencias Sociales que, «a partir de ahora, a través de las patentes sobre las innovaciones de ingeniería social, estimulará (...) la investigación en ciencias sociales y el desarrollo de su ingeniería».

Entre las conquistas obtenidas como resultado de la aplicación del conocimiento, Hauser menciona los siguientes: un crecimiento cero de la población mundial, que está ahora en perspectiva; un considerable avance en los planes de mantenimiento y renovación urbanas del mundo; reducción drástica «de los prejuicios y animosidades sociales y étnicas», dando por resultado «una vida integrada y armoniosa en todo el mundo»; el surgimiento de nuevos métodos de control social que han creado modelos de educación que disminuyen las formas «indeseables de comportamiento»; la aplicación del «Principio XV» —nacido de la investigación social— a la socialización del niño, lo que ha permitido reducir «la delincuencia juvenil en el mundo, el crimen, el uso de las

26. Hauser, Philip. *La sociedad caótica* (1ª Edición en inglés, 1972); Ariel, Barcelona, 1972. Cito de la traducción castellana.

drogas y el alcoholismo hasta unas proporciones despreciables»; han disminuido, igualmente, las enfermedades mentales al punto que se espera que durante la próxima generación desaparecerá la psiquiatría como una profesión registrada; «la aplicación de los conocimientos de la ciencia social al matrimonio y la vida familiar ha disminuido en una medida considerable los coeficientes de divorcios y ha elevado los índices de felicidad de los cónyuges y de los hijos»; la personalidad y la libertad de opciones de los individuos se han vuelto cada vez más diferenciadas; los sistemas económico-sociales han convergido hacia un mismo modelo que utiliza la ciencia para resolver sus problemas dentro de un régimen que combina, en democracia, mercado y planificación, etc.

En suma:

El incremento de la aceptación de los descubrimientos de la ciencia social y el progresivo impacto de la ingeniería social han conducido a la solución de los problemas del siglo XXI, utilizando las técnicas y las ideologías del siglo XXI. (...) El factor crítico de la aceleración de las soluciones de los problemas de las sociedades —problemas sociales, económicos y políticos— es indudablemente atribuible a la maduración de las ciencias sociales por un lado y al reconocimiento, por parte de la población del mundo, de la necesidad de aceptar los hechos concretos sociales, el producto de la ciencia social, como base para la formulación de la política y de la acción social. En una palabra, la sociedad ha dirigido el cambio social, cerrando la brecha existente entre ciencia social y política y acción social, para acomodarse al ritmo del cambio tecnológico y biomédico²⁷.

Como cualquiera otra práctica realizada por un grupo social específico, la sociología adscrita al sistema de investigación positiva genera —como se ve— su propia ideología local y, en el límite, una utopía, como la aquí formulada por Hauser. El sueño *hobbesiano*, en efecto, se halla aquí materializado, con toda la ingenuidad y el terror que suelen traer los sueños de la razón.

27. *Ibid.*, pp. 312-13.

La síntesis: una teoría empírica de la intervención social

El sistema de investigación social a que dio lugar la tradición positivista, tal como aquí la hemos entendido, gira en torno a una autocomprensión de las ciencias sociales, cuya síntesis más madura se alcanzó en la «teoría empírica» norteamericana, indisolublemente ligada a su aplicación práctica —en el marco del Estado Benefactor— mediante la ingeniería social.

Efectivamente, en el corazón de la «teoría empírica» está la autocomprensión positivista de las ciencias sociales. Según esta visión, al decir de Merton, la teoría que produce teoremas claros debe consistir, mínimamente, en «claros pronunciamientos verificables de las relaciones existentes entre variables especificadas». La teoría no podría consistir, en cambio, en meras generalizaciones empíricas basadas en la observación de variables específicas. El tipo de generalización que interesa, por el contrario, es aquel que en rigor debe llamarse «ley científica», que difiere, al decir de Merton, de esas otras generalizaciones «por cuanto es una aseveración de la invariación derivable de una teoría». El hecho de que en nuestro campo no parecieran haberse establecido demasiadas de esas leyes debe atribuirse, según el mismo autor, a «la bifurcación prevaleciente entre la teoría y la investigación empírica. A pesar de los numerosos volúmenes que se ocupan de la historia de la teoría sociológica, y a pesar de la abundancia de investigaciones empíricas, los sociólogos (incluyendo al autor de este libro) pueden discutir los criterios lógicos de las leyes sociológicas sin citar un solo ejemplo que satisfaga plenamente tales criterios»²⁸.

La necesidad de separar claramente entre generalizaciones empíricas y enunciados nomológicos —o sea, enunciados en forma de leyes científicas o aseveraciones semejantes a leyes—, recalcada tantas veces dentro de esta tradición, se basa en el hecho de que es en virtud de esas leyes que pueden formularse los enunciados empíricos contrarios que constituirían la base de las teorías científicas. Estas deben ser refutables e invalidables, como dice Popper, y no sólo verificadas o confirmadas. Por eso, señalará Merton, «la teoría sociológica sistemática (...) representa la acumulación altamente selectiva de las pequeñas partes de la

28. Merton, Robert. *Teoría y estructura sociales*; Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pp. 95-127.

teoría anterior que han sobrevivido hasta ahora a las pruebas de la investigación empírica»²⁹.

La falta de poderosas teorías empíricas explicativas ha llevado a muchos a cuestionarse si acaso estas ciencias son «normales», en el sentido kuhniano de operar bajo los mismos supuestos paradigmáticos de las ciencias naturales³⁰. Y ha llevado a un crítico a sugerir que, en el caso de las ciencias sociales, el énfasis que se pone en «lo que es la teoría» parece ser inversamente proporcional a la capacidad para elaborar teoría propiamente dicha.³¹

Sea como fuere, el hecho es que el sistema de investigación social basado en la pretensión de producir teorías empíricas ha dado lugar, sistemáticamente, a un flujo continuo de investigaciones cuyos productos (conocimientos) resultan (potencialmente) utilizables para abordar los problemas de la sociedad. O sea, pareciera ser que el mero hecho de producir conocimientos dentro de una tradición que se reclama parte de la empresa científica, dotó a esos conocimientos, incluso a los ojos de los más exigentes jueces de esa tradición (como Popper), al menos de la *potencialidad* de convertirse en base para operaciones de ingeniería social.

Alvin Gouldner aporta un argumento complementario para explicar esa incorporación práctica de las ciencias sociales a los procesos de racionalización de la sociedad. Señala que ellas se habrían convertido, con posterioridad a la 2ª Guerra Mundial, «cada vez más, en una bien financiada base tecnológica para los esfuerzos del Estado Benefactor dirigidos a resolver los problemas de su sociedad industrial».³²

Gouldner observa, efectivamente, un acelerado incremento de la demanda de ciencia social aplicada, fuertemente propulsada por estímulos gubernamentales. Según sus estimaciones, en los primeros años de la década de 1960 el Gobierno de los Estados Unidos aumentó aceleradamente la inversión en las ciencias sociales, incrementando en el lapso de sólo tres años en un 70% las subvenciones para la investigación en esta área.

29. *Ibid.*, p. 15.

30. La más reciente de las contribuciones frente a esa interrogante se encuentra en Boudon, Raymond, «Will sociology be ever a normal science?», *Theory and Society*, vol. 17/5, 1988/89.

31. Ver Bernstein, Richard, *La reconstrucción...*, op. cit., p. 51.

32. Gouldner, Alvin, *La crisis de la sociología occidental*; Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973, p. 318.

Es decir, el desarrollo de un sistema de investigación ligado a través de la ingeniería social al tratamiento de los problemas de la sociedad, no descansó únicamente en los conocimientos producidos y acumulados dentro de esa concepción que identifica a la teoría como un conjunto de enunciados nomológicos metódicamente validados. Supuso, además, una determinada *institucionalización* de ese sistema bajo el amparo y con el apoyo del Estado Benefactor, que convirtió a los productos de conocimiento en una tecnología socialmente explotable y, a sus productores, en parte del *establishment* de lo que Fritz Machlup llamaría, por esos mismos años, la naciente «industria del conocimiento» norteamericana.³³

Gouldner sugiere que ese tipo de institucionalización del sistema de investigación produjo, asimismo, transformaciones en la propia teoría sociológica predominante dentro de ese sistema; en este caso, el funcionalismo. Según él, el Estado Benefactor implicó una «creciente disposición a encarar los problemas sociales asignando especial importancia a un factor específico: el papel del gobierno y del Estado»³⁴. Ese factor pronto entraría a ser reconocido en la teoría sociológica convencional del funcionalismo, la que hasta entonces no le había otorgado mayor importancia. Ahora, en cambio, se dirá que «la dirección del cambio depende, en cada etapa y en gran medida, de las actividades del aparato gubernamental y de control, de su planificación, su capacidad para movilizar personas y recursos en períodos difíciles y de guiar y controlar las innovaciones institucionales».³⁵

En el hecho, entonces, la vinculación entre teoría empírica de la sociedad e ingeniería social no se establece sólo «desde dentro» del sistema de investigación y como consecuencia del potencial de utilización de los conocimientos producidos, sino que, además, «desde fuera», vale decir, a partir de condiciones favorables del contexto político, económico y cultural.

Así, según observa Daniel Bell en su análisis del desarrollo de las ciencias sociales post-2ª Guerra Mundial³⁶, si éstas adquirieron «pres-

33. Ver Machlup, Fritz, *The Production and Distribution of Knowledge in the United States*; Princeton University Press, N. J., 1972.

34. Gouldner, Alvin, *op. cit.*, p. 320.

35. Smelser, Neil J., *Essays in Sociological Explanation*; Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1968, p. 278.

36. Véase Bell, Daniel, *Las ciencias sociales desde la segunda guerra mundial*; Alianza Editorial, Madrid, 1984.

tigio e influencia», ello se debió a varios factores combinados, algunos de los cuales son propiamente disciplinarios y otros externos pero relacionados con el desarrollo de las respectivas disciplinas. Los cinco factores que menciona D. Bell son:

i) La progresiva transformación de las ciencias sociales en ciencias «duras», pasándose de una situación en que las teorías eran simples ideas o retórica a otra en que se transformaron en «proposiciones que podían ser enunciadas en forma empírica y verificable».

ii) El «efecto de halo» de la ciencia, particularmente debido a su decisivo papel en la conducción de la 2ª Guerra Mundial. «A muchos se les ocurrió la siguiente idea: si la vasta movilización de la ciencia y la concentración en algunos objetivos específicos podían dar origen a adelantos científicos, ¿por qué una movilización similar (...) no podía provocar resultados semejantes en las ciencias sociales?»

iii) La extraordinaria transformación de las universidades norteamericanas que llevó, en corto tiempo, a la expansión del profesorado y del número de personas dedicadas a la investigación.

iv) La competencia por el predominio político entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que llevó a que el Gobierno realizara por primera vez un enorme esfuerzo de inversión, junto a agencias privadas, en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. «El Gobierno necesitaba especialistas en política, economía y lenguas extranjeras, en lo concerniente a la URSS, China, el sudeste del Asia, Africa, Medio Oriente, América Latina, etc. Los militares no sólo necesitaban expertos en armas, sino también individuos que pudieran efectuar análisis de sistemas de investigación operativa, así como el nuevo tipo de planificación logística detallada. Las universidades y la empresas necesitaban gran número de especialistas, particularmente en campos como la economía, la psicología y las ciencias políticas, donde la expansión era mayor».

v) Finalmente, «el redescubrimiento de los problemas sociales, sobre todo en el decenio de 1960, concentró una renovada atención por las ciencias sociales. Había que hacer frente a los problemas de la discriminación, la miseria, las familias rotas, las viviendas pobres, los disturbios raciales, los problemas ecológicos y ambientales», etc.

Por todas esas razones, concluye Bell, las ciencias sociales han estado durante los últimos 30 años «en el primer plano de la atención y de las esperanzas públicas (...), cosa que nunca había sucedido antes en su breve historia».

En cuanto a la investigación social, este autor cita, como uno de sus mayores avances, el hecho de que con posterioridad a 1960, especialmente, ella desarrollase un esfuerzo sistemático dirigido «a usar las ciencias sociales para fines de política social». En tal sentido menciona como los principales fenómenos que habrían formado parte de dicho esfuerzo, los siguientes: desarrollo de indicadores sociales, del pronóstico social y de la evaluación social.³⁷

En suma, la síntesis que se opera en la tradición positivista entre una teoría empírica de la sociedad y la ingeniería social constituye el fundamento del sistema de investigación social que aquí estudiamos. El «espíritu positivo» que anima al sistema tiene, entonces, menos que ver con el positivismo como doctrina que con la «actitud objetivante» dirigida hacia el mundo social y la naturaleza interior de sus miembros, actitud que puede dar lugar a distintas formulaciones «paradigmáticas» o programas de investigación. Aquí nos ha interesado el desarrollo de esa actitud objetivante en las ciencias sociales no-económicas, particularmente en el caso de la sociología de tipo funcionalista, pues ella constituye la matriz dentro de la cual se desarrollaría, como veremos en el siguiente capítulo, la investigación social chilena una vez que se organiza disciplinaria y profesionalmente.

La otra exigencia del «espíritu positivo» que anima al sistema es la de la *utilidad del conocimiento*, exigencia que Comte formulaba diciendo que «todas nuestras sanas especulaciones están referidas al mejoramiento continuo de nuestras condiciones de vida individual y colectiva en oposición a la satisfacción vana de una estéril curiosidad». De esta manera se plantea la relación necesaria entre ciencia y técnica; entre teoría empírica e ingeniería social.

El desarrollo del sistema de investigación social positiva (o sistema «hobbesiano») en dirección a esa síntesis que podemos llamar «cientificista y utilitaria» no ocurre, sin embargo, por la mera lógica de los supuestos del conocimiento o de los intereses «cuasitrascendentales» (Habermas) que la regirían. Ese desarrollo tiene que ver, en la práctica,

37. Bell, *op. cit.*, pp. 61-64.

mucho más con los contextos y las condiciones de operación de dicho sistema, como ocurrió en el caso de los Estados Unidos con la aproximación entre la teoría empírica (funcionalismo) y el Estado Benefactor.

El hecho de que en la constitución de un sistema de investigación dado intervengan factores «internos» y «externos» simultáneamente, no debiera de llamarnos la atención. Como decíamos al comienzo, todo sistema de este tipo se forma, precisamente, a partir de una combinación entre contenidos intelectuales y una base profesional. Por ambos conceptos, todo sistema de investigación se halla referido, simultáneamente, hacia fuera y hacia dentro; hacia los elementos propios de su tradición conceptual y hacia las condiciones efectivas de su operación en una sociedad y momento determinados.

Aplicando este mismo marco de análisis estudiaremos a continuación el surgimiento de un sistema de investigación social positiva («hobbesiano») en Chile. Para ello abordaremos el análisis de su tradición conceptual, con sus unidades de variación y de modificación, y de su base profesional, o sea, el grupo de practicantes disciplinariamente organizado que conforma el personal del sistema.

2. El desarrollo en Chile de un sistema de investigación social positiva

No puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, o sea, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no sería ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea, sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz.

José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica*

En el caso de Chile, la formación de un *sistema de investigación social positiva* coincide con la aparición de la investigación social

profesionalmente organizada, durante la década de 1950³⁸. Por esos años, efectivamente, empieza a instalarse en las universidades chilenas, y en algunos centros internacionales localizados en Santiago, la tradición de la investigación social positiva, proceso que toma la forma de una «recepción de la sociología norteamericana»³⁹. En torno de ese movimiento de recepción se organizará, asimismo, el núcleo originante de la base profesional del sistema de investigación social positiva, en torno a las figuras-líderes de José Medina Echavarría (CEPAL y FLACSO), Eduardo Hamuy (Universidad de Chile) y Roger Vekemans (Universidad Católica de Chile).

La recepción del sistema de investigación positiva en Chile

¿A qué se refiere, entonces, la «recepción» de una disciplina? Como vimos anteriormente, toda disciplina institucionalizada en un sistema de investigación comprende, simultáneamente, un contenido intelectual o tradición de ideas y conceptos, y una base profesional o agregado de practicantes que encarna esa tradición y trabaja dentro de ella.

La *recepción* de una disciplina marca el momento en que se conforma un sistema de investigación determinado mediante el doble proceso de apropiación de esa tradición intelectual y su incorporación a una comunidad de practicantes que empieza a compartirla y genera, a partir de ella, una producción de ideas y conocimientos enmarcados por esa tradición, y una comunicación entre los propios practicantes que se reconocen mutuamente como parte de esa comunidad.

En otras palabras, los fenómenos de recepción disciplinaria son procesos de *institucionalización* de un sistema de investigación determinado. Por institucionalización de una actividad intelectual entenderemos aquí, siguiendo a E. Shils:

38. Ver Brunner, José Joaquín, *El caso de la sociología en Chile...* op. cit. y Barrios Alicia y Brunner, José Joaquín, *La sociología en Chile. Instituciones y Practicantes*, FLACSO, Santiago de Chile, 1988.

39. Título de un artículo que más adelante publicaría José Medina Echavarría. Ver Medina Echavarría, José, «La recepción de la sociología norteamericana», *Anales de la Universidad de Chile*, año CXXI, n. 126, enero-abril de 1963.

La interacción relativamente densa de personas que realizan esa actividad. La interacción posee una estructura; mientras más intensa la interacción, mayor será el lugar que en la estructura ocupe la autoridad que hace decisiones respecto a la evaluación, admisión, promoción y distribución. El alto grado de institucionalización de una actividad intelectual implica que la docencia y la investigación vinculadas se desarrollarán dentro de una organización regulada, planeada y sistemáticamente administrada. La organización regula el acceso a través del escrutinio de las calificaciones personales, provee los medios para una evaluación organizacional del rendimiento y distribuye oportunidades, recursos y estímulos, por ejemplo de estudio, de enseñanza, de investigación, de publicaciones, de nombramientos, etc. Significa, además, el apoyo organizado desde fuera de la institución, y la recepción y el uso de los resultados de la actividad más allá de los límites de la institución. Una actividad intelectual no necesita estar igualmente institucionalizada en todos los aspectos.⁴⁰

En otras palabras, la recepción entraña un proceso amplio, complejo y usualmente heterogéneo de «institucionalización» de una actividad intelectual, bajo el doble impulso de la apropiación del contenido conceptual de la actividad en cuestión y de la formación y reproducción de un grupo de practicantes que usa ese sistema conceptual en función de nuevas producciones de conocimiento.

Crucial resulta la recepción específicamente intelectual de la actividad, o sea, la apropiación de la tradición conceptual en que ella se desenvuelve y en virtud de la cual posee una identidad conceptual distintiva. Dicho «momento» puede entenderse desde dos extremos opuestos. O bien analizando el «centro difusor», en nuestro caso la sociología norteamericana desarrollada a partir de la 2ª Guerra Mundial, o bien analizando el «ámbito receptor», en este caso la recepción en Chile de la tradición de la investigación social positiva. En nuestro estudio pondremos especial énfasis en este segundo aspecto.

Según tuvimos oportunidad de ver antes, la sociología norteamericana se había desarrollado rápidamente a partir de la postguerra,

40. Shils, Edward, «Tradition, ecology and institution in the history of sociology»; *Daedalus*, vol. 99, n. 4, 1970, p. 763.

fenómeno en que intervinieron un conjunto de factores intra y extradisciplinarios. En el breve período de una década o dos, Estados Unidos se convirtió, por ese concepto, en el principal centro difusor de la teoría social empírica, con su idea vinculada de la aplicación de esa ciencia a la producción de una específica tecnología e ingeniería sociales. En parte, el predominio de la sociología norteamericana puede atribuirse, precisamente, al alto grado de institucionalización que ella alcanzó con posterioridad a la 2ª Guerra. Tal fenómeno comprende el surgimiento de una multiplicidad de centros universitarios de investigación y enseñanza, la publicación de una serie de revistas profesionales y la conexión con poderosas casas editoriales y programas de difusión que permitieron «diseminar» la sociología norteamericana hacia Canadá, Europa y América Latina.⁴¹

En Chile, la tradición de la investigación social de base empírica fue recibida a través de «receptores-creadores», los que encabezaron el proceso inicial de institucionalización de la sociología en las Universidades de Chile (Hamuy), Católica de Chile (Vekemans) y en dos organismos internacionales, la CEPAL y la FLACSO (Medina Echavarría).

Los tres líderes institucionalizadores mencionados procedieron a efectuar, cada uno bajo una modalidad distinta, una *asimilación crítica* de esa tradición norteamericana de la investigación social; destacándose en ese papel, sobre todo, Medina Echavarría y Vekemans.

Medina fue un pensador prolífico y un asimilador creativo de esa tradición⁴². Su visión de la empresa sociológica queda claramente expuesta en las siguientes líneas:

De tal suerte que partiendo de Comte puede trazarse una línea de continuidad en el desarrollo de las consideraciones metodológicas sobre la nueva ciencia, que llega hasta el momento presente. Cuando se habla de Comte como del fundador de la sociología suelen tenerse en cuenta antes que nada algunas ideas fundamen-

41. Un cuadro «ecológico» de la institucionalización de la sociología norteamericana de la época, y de sus cambiantes hegemonías institucionales y áreas de influencia, se encuentra en Shils, Edward, *op. cit.*, pp. 791-98.

42. Sobre la obra de nuestro autor véase VV. AA., *Medina Echavarría y la sociología latinoamericana*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1982 y Gurrieri, Adolfo (ed.) *La obra de José Medina Echavarría*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1980.

tales de su sistema, cuando en verdad su verdadera significación tendrían que medirse por su planteamiento metodológico. (...) La validez de su posición hay que buscarla en las líneas fundamentales de su planteamiento, que constituyen el único cuadro posible de toda discusión metodológica de la sociología. Primero, la pretensión que con ésta nace: la de ser una ciencia de igual carácter que las demás. La sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva. Y segundo, la presunción de la aplicabilidad a esta nueva ciencia de los métodos que demostraron su fecundidad en la construcción de las otras ciencias: observación, experimentación y comparación.⁴³

Medina se ubica aquí en el corazón mismo de la tradición positiva de la investigación social. La sociología, señala, es una ciencia positiva porque se sujeta a la observación (objetivante) de la sociedad y se somete a la «prueba esencial en toda ciencia». Es positiva, asimismo, porque contiene «el criterio de previsión» basado en el conocimiento producido, criterio que permite ofrecer a Comte lo que tal vez, dice Medina, sea su «lección suprema»; esto es, la «humana y urgente aspiración a formular una política positiva, es decir, racional».

Medina no fue, sin embargo, un «positivista» en el sentido crudo o vulgar del término. Era consciente, por el contrario, que la sociología abordaba un mundo —el de «lo social»—, que requería adaptar la actitud objetivante de las ciencias analítico-empíricas a través de un método apropiado y específico. «Natural consecuencia de esa peculiar textura del dato social es la modificación que los métodos utilizados por las demás ciencias tienen que sufrir al ser empleados por la sociología», escribe, y sugiere que «el método por excelencia de la sociología es el histórico o comparativo». Mas ello no obsta para que, reiteradamente, ratifique la vocación «científica» de la sociología, como cuando escribe que «las ciencias sociales tienen que esforzarse todo lo posible por llegar a los grados de exactitud (variables) de las naturales, y el camino de esa exactitud está, evidentemente, en la cuantificación».⁴⁴

Medina Echavarría creyó poder encontrar las bases de esa ciencia empírica de lo social en los avances sustantivos, metodológicos y

43. Medina Echavarría, José, *Sociología, teoría y técnica* (1941), Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 14.

44. *Ibid.*, p. 150.

técnicos de la sociología norteamericana de su época, los que analizó con detalle, incorporándolos a medida de su evolución.⁴⁵

En Medina la recepción de la tradición va indisolublemente ligada a la idea de que las ciencias sociales tienen que servir a la resolución práctica de los problemas. En cuanto a la sociología, escribe, «la posición de Comte, en el momento mismo de su fundación como tal ciencia, es tan clara como aleccionadora. La sociología era en definitiva un modo de instaurar una política positiva, es decir, científica. O sea, el instrumento de una regulación racional de la vida social»⁴⁶. Es una ciencia funcional, sostiene, puesto que su conocimiento puede emplearse para la comprensión, control y reconstrucción de las relaciones sociales en particular o en general. «Lo que a ella se le pide es una orientación para la vida»; la pregunta de «adónde vamos a parar» es por eso su aguijón. Lo que se le pide, en concreto, es una orientación «de carácter científico, es decir, racional y empírico, deducido del análisis riguroso de los datos reales». Incluso, aspiraba Medina a que la sociología pudiera fundar racionalmente las decisiones, cerrando de esa forma la incómoda brecha entre explicaciones y valores o normas. «La ciencia perdería su razón de ser (como ideal) si se abandonara toda esperanza de regir un día también racionalmente nuestra vida social». Sólo la inmadurez relativa de las ciencias sociales, en su estado actual, impedirían cumplir ese cometido y por eso «hemos de contentarnos en gran parte con exigir de (...) las ciencias sociales el análisis racional, lo más completo posible, de las condiciones de nuestra acción».⁴⁷ Esto último apunta a que la recepción inaugurada por Medina se situaba nítidamente dentro del espíritu «hobbesiano» que hemos descrito como una característica central del sistema de investigación social positiva.

A partir de esa posición, Medina Echavarría iría desarrollando, a lo largo de un cuarto de siglo de trabajo en el seno de la CEPAL, una vasta, compleja e influyente visión del desarrollo y la planeación, distinguiendo diversos niveles y procesos de racionalización imbricados y de formas posibles de intervención «científica» en la sociedad⁴⁸. No fue Medina, pues, un asimilador puro y simple de la tradición de la

45. *Ibid.*, pp. 125-58.

46. *Ibid.*, p. 54.

47. *Ibid.*, p. 58.

48. Véase al respecto los artículos de A. Gurrieri, M. Woolfe y E. Faletto en Vv. Aa., *Medina Echavarría...* op. cit.

ingeniería social que venía ligada a la recepción del sistema de investigación social positiva; hizo suya, en cambio, esa tensión entre ciencia y acción y la desarrolló en direcciones múltiples, en lo que seguramente es el aspecto más valioso de su obra. Volveremos sobre este aspecto más adelante.

Algo similar ocurre con otro de los iniciadores de la investigación social positiva en Chile, el sacerdote jesuita y sociólogo Roger Vekemans.⁴⁹

Su posición debe entenderse como un esfuerzo por pensar, a la luz de las condiciones de América Latina y dentro del contexto cultural del pensamiento católico de su época, la conexión entre teoría y práctica, entre ciencia y tecnología sociales, pasando por las variadas mediaciones y «retroalimentaciones» en que debía colocarse esa conexión.⁵⁰

En el plano de la teoría, Vekemans distingue tres disciplinas fundamentales; la ciencia, la tecnología y la ética. La *ciencia* constituía el cuerpo sistemático de conocimientos metódicamente adquiridos desde el punto de vista de la verdad o, al nivel de las ciencias empíricas, desde el punto de vista de la objetividad. La *tecnología* toma como objeto el mundo para transformarlo en utilidad, o sea, en capacidad para satisfacer necesidades humanas. Es, por tanto, un cuerpo sistemático de normas que traducen exigencias para alcanzar el objetivo deseado. Por último, la *ética* representaba la disciplina de los fines últimos; de las normas que rigen la satisfacción de objetivos intermedios (tecnológicos). Entre esas tres disciplinas, actuando como «armonizador» de sus posibles contradicciones y como «bisagra» entre la teoría y la práctica, se ubicaba la *doctrina*, un «programa abstracto de acción».

En el plano de la práctica, Vekemans distingue dos momentos fundamentales de la actividad humana: la ideología y la política. A ellos agrega, como instancias mediadoras que ponen en contacto desde la doctrina hasta la ejecución, las instancias que denomina: el modelo, el plan, el programa y el proyecto específico.

La «ideología» es la disciplina que permite una opción racional entre fines múltiples y alternativos, sujetando la elección a una escala de

49. Sobre el papel de Roger Vekemans en la fundación de la sociología en Chile y su rol como activo intelectual-organizador de procesos de institucionalización de la investigación social positiva véase Brunner, José Joaquín, *El caso de la sociología en Chile...*, op. cit., especialmente caps. IX y X y la bibliografía ahí citada.

50. Ver para lo que sigue, Vekemans, Roger, «Introducción», en DESAL. *América Latina y desarrollo social*, (2 vols.) DESAL, Santiago de Chile, 1965, vol. 1.

importancia (o de valores ontológicos) que ella toma prestada de la doctrina y a una escala de urgencia que se construye inductivamente desde la apreciación del aquí y el ahora. La *política* permite organizar la actividad racional en términos de elección de medios, aplicándoles una escala de importancia y una escala de urgencia, a las cuales se agregan, además, las escalas de eficiencia (aplicación del principio de economicidad al juego funcional que vincula medio a fin), y de factibilidad o posibilidad del medio.

El *modelo*, para llegar ahora a las instancias intermediadoras, es una estructura normativa de mediatización que se produce por la convergencia entre una visión doctrinaria y una estimación axiológica; estructura en la cual predomina el aspecto doctrinario sobre el operacional. Contiene un diagnóstico y una tésis. Esta última expresa la «evaluación teórica de una inadecuación entre los juicios de valor desprendidos de una doctrina y los juicios de hecho provenientes de la investigación empírica de la realidad».

Para la apreciación de eficiencias y factibilidades, el modelo se convierte en un «plan», el cual, cuando es complementado por una apreciación precisa de las urgencias, toma la forma de un *programa*. Cuando éste llega a las últimas determinaciones de la acción, en un sector determinado y alrededor de un problema definido, considerando tanto los valores como las urgencias, eficiencias y factibilidades se está frente a lo que Vekemans llama un «proyecto» específico.

En realidad, Vekemans no sólo elaboró ese complejo esquema de distinciones y conexiones que pretendían crear —y de hecho proporcionaban— una concepción más compleja de la ingeniería social norteamericana (digamos así, a la Hauser). Llevó a cabo, adicionalmente, una vasta empresa institucional e intelectual destinada a elaborar un modelo para el desarrollo latinoamericano y chileno en particular. Llegó, incluso, a preparar los planes, programas y proyectos específicos de acción que se deducían de ese modelo.⁵¹

Eduardo Hamuy, el tercero de los iniciadores del sistema de investigación social positiva en Chile fue, antes que nada, el principal

51. El modelo mencionado se encuentra contenido en los 2 volúmenes de DESAL, *América Latina y el desarrollo social*, op. cit., que contiene las «tesis fundamentales», un diagnóstico global y diagnósticos específicos por sectores. Me he referido más detalladamente a la obra institucionalizadora de Vekemans en J. J. Brunner, *El caso de la sociología en Chile*, op. cit.

organizador de la base profesional del sistema a través de su labor en la Universidad de Chile y en conexión con la FLACSO. Habiendo estudiado en los Estados Unidos con Lazarsfeld y otros maestros de la teoría empírica, estaba convencido de que la investigación social necesitaba institucionalizarse y convertirse en una empresa académica, que combinara a la vez la investigación desarrollada dentro de la tradición de sus maestros y la docencia de la teoría sistemática de la sociología y de los métodos y técnicas que había recogido de su paso por los Estados Unidos.

En un informe preparado para la Rectoría de la Universidad de Chile del año 1951, Hamuy resumía así su visión en torno a la necesidad de institucionalizar la investigación social en el país:

El hombre dedicado a la investigación social representa en Chile un nuevo tipo profesional. El ambiente de nuestro país considera todavía al sociólogo como un ser académico o como un aficionado entusiasta, en lugar de un investigador serio y científico de los problemas sociales. (...) Numerosos y complejos problemas sociales, que no se habían conocido en el pasado de nuestra patria, se han hecho presentes, junto con nuevas actividades económicas, sociales y culturales. Se siente ahora la urgencia de disponer de datos precisos para resolver los problemas con mayor sabiduría o para encauzar las actividades con menor riesgo de fracaso (...) La demanda en Chile de este nuevo tipo de profesional se está ya sintiendo como consecuencia de la rápida transformación del país, pues el sociólogo científico es, como otras muchas especialidades, una exigencia de la modernización de Chile y de la creciente complejidad de sus problemas.⁵²

En pocos años, Hamuy reunió en torno a su Instituto de Sociología en la Universidad de Chile (y más adelante en torno al CESO) a un grupo de jóvenes investigadores que se sumarían a los demás núcleos, más internacionalizados, que estaban formándose en la Universidad Católica de Chile y en la FLACSO, y al que venía desarrollándose en la CEPAL en torno a José Medina Echavarría.⁵³

52. Hamuy, Eduardo, documento de octubre de 1951, cit. por Godoy, Hernán. «El desarrollo de la sociología en Chile»; *Estudios Sociales*, n. 12., 1977.

53. Al respecto puede consultarse también Fuenzalida, Edmundo. «The reception of 'scientific sociology' in Chile». *Latin American Research Review*, vol. XVIII, N° 2, 1983.

Una de las formulaciones más precisas respecto de la tradición conceptual de la sociología que se estaba recibiendo en Chile se encuentra, de seguro, en el *Curso de Sociología* preparado por Peter Heintz, sociólogo suizo que sucedió a Medina en la dirección de la FLACSO. En dicho texto⁵⁴, el autor remarca la nítida diferencia entre la sociología, como ciencia empírica, la filosofía social y las ciencias del espíritu. La sociología, señala, se define por su orientación objetiva dentro del ámbito de la sociedad, orientación que «consiste en la aplicación del método científico». Por este concepto ella debe explicar los hechos sociales por medio de hipótesis plausibles, las que debe tratar de invalidar, y recurriendo, para su desarrollo, a la acumulación de sus propios resultados de investigación, los que debían conducir a la construcción de una teoría sistemática de la sociedad. Haciéndose eco de las palabras antes citadas de Merton, Heintz reconoce que la multitud de hipótesis surgidas, algunas de las cuales habían alcanzado incluso una «cierta confirmación provisional», no ha conducido sin embargo, en el caso de la sociología, a la construcción de esa teoría sistemática general. «Los resultados de la investigación sociológica moderna se nos presentan, pues, (...) como grupos de islas entre las que no hay puentes o, si los hay, son pocos». En vista de tal situación, Heintz se pronunciaba en favor del desarrollo de «teorías de alcance medio», tarea que ya había iniciado Merton, «porque las mismas constituyen la condición previa para el desarrollo de la sociología como un proceso de carácter acumulativo, tal como se le puede observar desde hace tiempo en las ciencias naturales». Sólo después podría la investigación social empírica evitar recomenzar, cada vez, de una *tabula rasa*, y empezar a «someter a un control sistemático las hipótesis desarrolladas por la teoría».

De hecho, el texto introductorio de Heintz está concebido como una presentación de esas teorías de alcance intermedio en áreas en que se había desarrollado la investigación empírica, bajo el supuesto que ellas podían, además, ser fuente de hipótesis teóricamente relevantes, en un momento en que la sociología aún no había llegado a desarrollar una teoría sistemática.

En suma, puede decirse que a comienzos de los años '60 el proceso de institucionalización de un *sistema de investigación social positiva* no

54. Ver Heintz, Peter, *Curso de Sociología*; EUDEBA, Buenos Aires, 1965.

sólo estaba completado en su primera fase sino que se había consolidado en torno a un base profesional incipiente. Además, dicho sistema estaba desarrollando un verdadero *programa de investigación* —el programa de la modernización—, el cual expresaba una concepción resueltamente compartida entre los practicantes, un agregado de tópicos y términos claves, y unas interpretaciones y esquemas usados en común por quienes participaban en este sistema de investigación.

El programa de la modernización: ciencia social y planeamiento

Nuestra hipótesis es que el *programa de la modernización* constituye el fruto más maduro y acabado del sistema de investigación social positiva en América Latina. Su aporte más decisivo radica en la manera de vincular ciencia y acción a través de un modelo de planeación que, como veremos, desborda con mucho la noción norteamericana del *social engineering*.

No es este el lugar donde necesitemos ocuparnos en detalle del marco conceptual —la «teoría» de la modernización— que dicho programa asume y elabora durante el período entre 1940 (Medina Echavarría) y los últimos escritos de Gino Germani⁵⁵. Para nuestros efectos interesa más, en cambio, el nuevo modelo que proporciona para asumir la acción social racional, basado en la convergencia entre el conocimiento provisto por la investigación social positiva y el desarrollo de las capacidades (públicas y privadas) de intervención de la sociedad sobre sí misma, en orden a su reconstrucción, reforma y desarrollo.

La visión de nuestros modernizadores locales entronca en este punto, nítidamente, con una de las mayores preocupaciones del pensamiento social contemporáneo. Cual es, la preocupación por los fenómenos de la incesante racionalización de la vida moderna. En Medina este

55. Sobre el tema existe una vasta literatura. En particular, cabría mencionar las propias obras de Medina Echavarría y Germani. Pueden consultarse, además, VV. AA., *Los límites de la democracia* (2 vols.), CLACSO, Buenos Aires, 1985; Solari, Aldo, Franco, Rolando y Jutkowitz, Joel, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1976; y, por último, CEPAL, *América Latina, El pensamiento de la CEPAL*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1969.

tema recorre como un hilo conductor todos sus escritos mayores. Como ha observado Marshall Woolfe agudamente,

entre los campos de su reflexión crítica se incluyen, primero, la racionalidad aplicada al entendimiento de la evolución de las sociedades y economías, o sea, el desarrollo; segundo, la racionalidad aplicada a los valores e imágenes sociales; tercero, la racionalidad aplicada a la formulación y aplicación de las políticas de desarrollo; cuarto, la racionalidad aplicada a las técnicas de la planificación; quinto, la racionalidad aplicada al orden internacional y la evolución de los nexos entre los centros de poder y el resto del mundo⁵⁶.

Esas diversas formas de racionalidad que, como se ve, abarcan simultáneamente los mundos objetivo, social y subjetivo de Habermas, incluyendo además las propias formas de acción sobre esos mundos (políticas de desarrollo y técnicas de planificación) constituirían, según Medina, el entramado mismo de la modernidad, no pudiendo reducirse ésta solamente al desarrollo, ni siendo éste, exclusivamente, un producto de la modernización⁵⁷. Medina estaba preocupado, por tanto, en un plano distinto del de Habermas, de lo que el autor alemán expresaría más tarde como la posibilidad de un *patrón no-selectivo de racionalización*. Uno que hiciera posible, por tanto, el despliegue de las diversas racionalidades inmanentes a las varias esferas constitutivas de la sociedad.⁵⁸

El marco socio-político y las condiciones económico-culturales necesarios para el despliegue de esas diversas racionalidades obligaba, según dirá Medina, «a interrogarse perentoriamente por las condiciones de posibilidad de poner en marcha de manera efectiva las tareas del desarrollo económico dentro de las formas heredadas de la democracia o con más precisión al amparo del régimen representativo como sistema político vigente»⁵⁹. O sea, para simplificar, se trataba en nuestros países

56. Woolfe, Marshall, «Reflexión crítica sobre desarrollo, racionalidad y planificación», en VV. AA., *Medina Echavarría...*, op. cit., p. 90.

57. Véase sobre esto el artículo de José Medina Echavarría «El desarrollo y su filosofía», en Gurrieri, Adolfo (ed.) *La obra de José Medina Echavarría*, op. cit.

58. Ver sobre este tema Hopenhayn, Martín, «*Repensando la planificación en un mar de racionalidades*» (manuscrito, 1989).

59. Medina Echavarría, José, «Discurso sobre política y planeación», en Gurrieri, Adolfo, op. cit., p. 294.

de abordar de frente la empresa intelectual, política y técnica de combinar democracia y desarrollo, asunto que sólo la flojera de algunos comentaristas y críticos ligeros ha podido reducir a una versión deslavada y unidimensional de la modernización.

En cambio, el programa de la modernización, como aquí lo hemos llamado, significaba afirmar la posibilidad y la necesidad de intervenir en la democracia mediante instrumentos que, aplicando el conocimiento a fines colectivamente elaborados y decididos, pudieran dar lugar a innovaciones y con ello al desarrollo dentro de un patrón no-selectivo de racionalización.⁶⁰

En dicho contexto, la planeación es propuesta por Medina —y su propuesta será retomada con mayor o menor riqueza de matices por los demás miembros del programa de la modernización— como un instrumento técnico que, plegado a las normas de la democracia, constituiría un verdadero *locus* de creación y aprendizaje social. Es decir, el planeamiento es propuesto, de entrada, como una forma superior, mucho más compleja política-cultural y tecnológicamente hablando, del *social engineering* norteamericano. En efecto, «esta planificación contendría (...) los siguientes elementos políticos»:⁶¹

- el plan como medio de control ideológico, vale decir, como una forma de articular valores y de asignarlos no sólo a los fines perseguidos sino también a las normas tenidas por necesarias. (Recuérdese aquí, como un eco, las distinciones y proposiciones de R. Vekemans sobre esta materia);
- el plan como medio de comunicación sociopolítico, que involucra la participación ciudadana tanto en su elaboración como en su ejecución;
- el plan como símbolo de legitimidad, que acompaña a las formas democráticas de legitimación, proporcionando a las naciones «un horizonte despejado... donde se anula de alguna medida la incertidumbre del futuro»;
- el plan como medio de reclutamiento funcional, en tanto que

60. Véase al respecto, Cardoso, Fernando Henrique, «La persistencia democrática», en VV. AA., *Medina Echavarría...* op. cit.

61. Véase Medina Echavarría, José, «Discurso sobre política y planeación», *op. cit.*, pp. 344 y ss. En este punto Medina discute la concepción del planeamiento de J. P. Nettl.

incorpora a la acción (planeada) de la sociedad sobre sí misma a un creciente acopio de actividades funcionales y de elementos tecnológicos que son necesarios para llevarla a cabo.

En otras palabras, Medina y los modernizadores percibían la planeación como un momento de la organización democrática de la sociedad, que contribuía a reforzar sus procesos de comunicación, a generar nuevas formas de legitimidad en un «mundo desencantado», a conjugar normas (fines) y medios de la acción, y a generar una creciente ordenación de los procesos de diferenciación funcional dentro de la sociedad moderna.

Entre los actores de la planeación Medina atribuye un papel vital a los políticos, los burócratas y los técnicos, cada uno portador de un tipo específico y predominante de racionalidad⁶². Pero, a la vez, Medina afirma la necesaria relación que existe entre el uso de ese instrumento y la función de las ciencias sociales y agrega, además, la necesaria conexión que en la democracia debe producirse entre el experto, el ciudadano bien informado y el hombre común.⁶³

Esta última idea está emparentada en Medina con una lectura «schutziana» de los fenómenos de la distribución social del conocimiento. En efecto, sostiene Medina Echavarría que «el conocimiento efectivo de la distribución social del conocimiento (...) dentro de la estructura social en general o aquí y ahora en determinada situación concreta, es lo único que permite salvar a la planeación democrática en sus condiciones reales sin caer en la tentación de la pretensión utópica»⁶⁴.

Vale decir, la planeación como instrumento aplicado a la autoproducción de la sociedad moderna alcanza aquí su expresión más compleja entre las diversas formas de la racionalidad, situándose en medio de un mundo social concreto donde el conocimiento se encuentra no sólo diferenciado de acuerdo a sus modos de producción sino, además, en cuanto a sus formas de distribución y uso.

Así, Medina observa la existencia de diversos *planos de racionalidad* en la sociedad moderna sujeta toda ella, en su conjunto, al

62. Véase Gurrieri, Adolfo, «La idea de la racionalidad en el pensamiento de José Medina Echavarría», en VV. AA., *Medina Echavarría ... op. cit.*

63. Ver Medina Echavarría, José, «La planeación en las formas de racionalidad», en Gurrieri, Adolfo (ed.) *La obra de José Medina Echavarría ... op. cit.*

64. *Ibid.*, p. 419.

«proceso de racionalización de la historia occidental». Una primera forma de la racionalidad consiste en la pura disposición y capacidad de conducirse frente a las cosas y situaciones ateniéndose a sus características objetivas. Es la racionalidad elemental de la vida cotidiana. En seguida existe la racionalidad instrumental, que procede con arreglo a fines de acuerdo con condiciones y circunstancias objetivas. Luego hay la racionalidad propia de un mundo de vida hecho de significaciones, creencias y valores, que Habermas llamará comunicativa, la cual tiene que ver con el sentido y la orientación de la vida en contextos que exigen ser interpretados. Por último, nos encontramos con la racionalidad propia de ciertas actividades que se organizan, genéricamente, como empresas en el sentido más general de este término, las cuales tienen por objeto una actividad ya racionalizada por sí misma (como la ciencia, la producción económica, la actividad militar, etc.).⁶⁵

Pues bien, señala Medina que la planeación —cuyas «tareas son estrictamente de carácter científico»— sin embargo se halla limitada en su cientificidad tanto por el lado de los diagnósticos como por el lado de sus fines. Por el lado de los diagnósticos, puesto que las ciencias sociales que los producen nunca pueden «desprenderse por completo de un residuo mayor o menor de racionalidad interpretativa». Por el lado de los fines, puesto que en ese extremo ella depende de una lógica de la decisión que implica factores que no son puramente científicos o técnicos, sino que abarcan y entrelazan el conjunto de las racionalidades antes descritas, envolviendo el papel del científico, del político, del burócrata, del ciudadano informado y del hombre común.

Estamos aquí de regreso, en otro contexto esta vez, frente al antiguo problema de «la lógica de la ciencia y (la) lógica de la decisión», como titula precisamente Medina uno de los capítulos finales de sus reflexiones sobre la planeación en las formas de la racionalidad⁶⁶. En apretada síntesis, Medina recorre en esas páginas la trayectoria del debate sobre esas dos lógicas a la luz del enfoque metodológico que distingue entre juicios de hecho y de valor, entre ideas empíricas e ideas existenciales, entre teoría y práctica. Esta revisión le llevará hasta

65. *Ibid.*, p. 424-27. La verdad es que en este punto las reflexiones de Medina, escritas en 1969, son del todo contemporáneas y se insertan cómodamente en las discusiones más actuales sobre los diversos tipos de racionalidad y sobre los límites de la «cientificidad» posible de la política y de las propias ciencias sociales.

66. *Ibid.*, p. 428 y ss..

encontrarse con Habermas y con la polémica entre los neopositivistas y los sostenedores de la teoría crítica⁶⁷. Por tanto hasta un punto que no ha permitido superar esa antinomia pero que sí nos ha vuelto conscientes de la necesidad de «conservar en constante ejercicio (...) la reflexión de la razón sobre sí misma para poder impedir en todo instante la amenaza de su propio aniquilamiento cuando en una u otra de sus formas sobrepasa los límites de su validez». Es decir, cuando tal desborde amenaza con imponer un patrón *selectivo* de racionalización, subordinando las demás esferas de la vida social a una única forma de racionalidad.

Medina, por su parte, intentará desplazar el centro de gravedad de ese punto, empujando la cuestión desde el terreno epistemológico hacia el terreno histórico concreto donde podría producirse la potencial conciliación entre racionalidad técnica y racionalidad política, piedra angular sobre la cual se sostiene la propuesta de planeación democrática surgida desde el seno del programa de la modernización.

Valiéndose del esquema introducido por H. P. Dreitzel, que distingue entre diversos tipos de acción racional según su carácter formal (racionalidad técnica) y material (racionalidad política) y su entrecruzamiento con aspectos funcionales (referidos al desarrollo de la acción) o sustanciales (referidos al resultado de la acción), Medina intenta resituar el papel del planificador, en conexión con el científico y el político.⁶⁸

67. Ver sobre esta polémica los comentarios de Medina en *idem. ant.*, pp. 428-41.

68. El mencionado esquema se encuentra citado en Medina Echavarría, *idem. ant.*, p. 443 y es el siguiente:

Tipos de acción racional

	Formal Racionalidad técnica	Material Racionalidad política
Funcional (referido al desarrollo de la acción)	Racionalidad de procedimientos a) burocracia b) aplicación de normas c) competencia legal	Racionalidad del proceso de decisión a) organización b) negociación c) influencia
Sustancial (referida al resultado de la acción)	Racionalidad de fines a) economía b) cálculo c) competencia objetiva	Racionalidad de la decisión a) política b) realización de fines (<i>policy</i>) c) capacidad creadora

De acuerdo con dicho esquema, el planificador es «hombre de ciencia» que conoce realidades objetivas. Su actividad conlleva una buena dosis de investigación, pero él no es un científico puro. Es, en cambio, un *experto* que ofrece modelos y elabora estrategias. Su campo es el de los medios y los instrumentos. En consecuencia, la racionalidad tecnológica preside «típicamente y sin excepción» su tarea. En cuanto al sistema de valores que orienta su diagnóstico, éste «no es cosa de su libre elección». Es provisto por el gobierno o, en caso de silencio u omisión de éste, viene impuesto desde el lado «de los valores que se consideran socialmente vigentes». Por fin, la actividad del planificador incluye un saber objetivo de ciertas realidades aquí y ahora y el conocimiento no menos indispensable de muy concretos procedimientos, aspecto este último que lo convierte «a su gusto o disgusto, junto a otros hombres de ciencia, dentro de la moderna especie del tecnócrata».

En cuanto a la declaración de fines y metas, es decir, la formulación de las imágenes de sociedad que se desea alcanzar, ellas corresponden, en cualquier régimen según señala Medina, a los que «detentan en definitiva el poder».

El político profesional desarrolla por su lado una doble función sujeta a su propia racionalidad específica. Decide en la solución de los problemas que propone la coyuntura histórica para lograr situaciones nuevas, supuestamente mejores; y mantiene continuamente eficaces —a través de la negociación— las posibilidades de esa decisión. Su función incluye pues la creación política (innovación) y la estrategia.

El burócrata, por último, conoce y maneja racionalmente determinados procedimientos encuadrados prescriptivamente, dentro de los límites de su estricta competencia.

En suma, el programa de la modernización, visto desde el ángulo de lo que aquí se ha considerado su máxima realización, reconduce la relación de la teoría y la praxis a un terreno donde el conocimiento especializado, fundado en la investigación social reflexiva de sus propios supuestos y métodos, se vuelve operante en relación a la política cuya racionalidad profesional descansa en la producción de innovaciones y estrategias (negociaciones), y cuya racionalidad ciudadana (en la democracia) descansa en el uso de competencias comunicativas compartidas por todos los hombres como participantes sociales.

Así, el sistema de investigación social positiva alcanza su inicial madurez proponiendo un programa que es portador de una específica propuesta de intervención de la sociedad sobre sí misma en el entreluce

de sus varias racionalidades. Llega por esta vía a una suerte de límite superior en su autocomprensión, puesto que ya no sólo reconoce la multiplicidad de racionalidades que son constitutivas de la modernidad, sino que, sociológicamente, afirma además la multiplicidad de niveles de conocimientos socialmente distribuidos, cuya interacción y racionalización autónoma postula como condición para combinar desarrollo y democracia. Por tanto, para lograr una racionalización no selectiva de la sociedad, que impediría «en todo instante la amenaza de su propio aniquilamiento cuando una u otra de sus formas sobrepasa los límites de su validez». Por este concepto, asimismo, dicha propuesta rebasa los límites estrechos de una autocomprensión unidimensional de la modernidad (y la modernización) como mera racionalización instrumental de la sociedad; es decir, deja atrás su origen faustiano y la ingenua utopía hobbesiana.⁶⁹

Disolución del programa modernizador

Es una señal del temprano fracaso del programa modernizador el hecho que tanto algunos de sus propugnadores como una mayoría de sus

69. El espíritu faustiano de la modernidad, al que nos referimos previamente en conexión a Marshall Berman, supone el control racional de la naturaleza y el dominio racional de los hombres. Exclama Fausto: «The masters word alone has real might !/ To consumate the greatest work./ one mind for a thousand hands will do». En su furia creadora, productiva y transformadora, Fausto debe remover efectivamente un último obstáculo: los viejos Filemón y Baucis que se resisten a entregar su pedazo de terreno a los planificadores y modernizadores que Fausto encarna. Mefisto destruirá su casa y asesinará a los viejos. Fausto reacciona indignado. Observa Berman: primero contrata el trabajo sucio, luego desconoce sus efectos y pretende mantener las manos limpias. «It appears that the very process of development, even as it transforms a wasteland into a thriving physical and social space, recreates the wasteland inside the developer himself. This is how the tragedy of development works». (M. Berman, *op. cit.*, p. 68). La tragedia consiste, precisamente, en la aplicación expansiva de la misma racionalidad instrumental a todas las esferas de la vida social. En el límite, Filemón y Baucis son destruidos en nombre de la razón.

En cuanto a la ingenuidad del punto de vista hobbesiano, éste tiene que ver con la idea de una dirección puramente racional de la sociedad y la política. O sea, con ese mismo intento de producir una modernización unidimensional que suprime la política en nombre de la técnica y sus exigencias, entregando la conducción de los asuntos humanos al despliegue de una racionalidad que no reconoce límites en la tradición y las normas, pretendiendo escabullir la diferenciación de las racionalidades propias de la estructura moderna de la conciencia y la opacidad y tensión creadas por la distribución social de los conocimientos disponibles en la sociedad.

críticos hayan terminado por reducirlo a una deslavada versión de un craso evolucionismo, como si aquel programa hubiera consistido en eso o como si su ligazón con una mala sociología funcionalista hubiese sido el corazón de su propuesta o siquiera un vínculo necesario.

Efectivamente, lo que llegó a llamarse la «teoría de la modernización» en nuestros círculos nada tiene que ver con esa propuesta radical elaborada por Medina o elaborable a partir de los elementos de su reflexión, indagación y crítica. Incluso, varios de los rasgos más señalados de esa «teoría» —su evolucionismo, su reduccionismo, su simplismo y cientificismo— fueron muchas veces criticados por Medina y los más lúcidos entre sus colaboradores.

El hecho es, en cualquier caso, que el sistema de investigación positiva entró en acelerado proceso de disolución hacia fines de los '60, justo en el momento en que alcanzaba su máxima expansión a través de la propuesta de una planeación democrática basada en la interrelación de estratos del conocimiento socialmente distribuido y de las diversas modalidades de racionalidad.

Incluso su base institucional, que se había consolidado rápidamente incluyendo a una variedad de departamentos universitarios dedicados a la investigación social y a centros internacionales como la CEPAL en primerísimo lugar y a su lado otros como la FLACSO y el DESAL, se vió conmovida por el surgimiento de un programa competitivo (el de la dependencia) y por el surgimiento de un nuevo sistema de investigación social, inspirado en el marxismo.⁷⁰

Siguiendo la lógica de nuestra propia interpretación, podemos atribuir esa disolución del sistema de investigación social positiva y del programa de la modernización a varios factores interrelacionados, algunos de los cuales tienen que ver con el *contenido intelectual* del programa en cuestión y otros con las modificaciones ocurridas en la *base profesional* del sistema de investigación bajo estudio.

El contenido intelectual, o sea la tradición conceptual que animaba a dicho sistema era, según hemos visto, la teoría empírica de origen norteamericano. Las categorías del *funcionalismo* (o estructural-funcionalismo como se le llama a veces) proporcionaban el sistema conceptual y las principales *unidades de modificación* de dicha tradición, estas últimas sintetizadas bajo la forma de la *teoría de sistemas*

70. Existe un trabajo paralelo al presente, a cargo de Tomás Moulian, que abordará el estudio del sistema de investigación social inspirado en el marxismo. Cfr. Capítulo 2 de este mismo volumen.

elaborada por Parsons⁷¹. A su vez, las principales *unidades de variación*, como la ya mencionada proposición mertoniana de las teorías de alcance intermedio, provenían asimismo desde el seno de la teoría funcionalista o desde corrientes analíticas convergentes, como el análisis de pequeños grupos, la teoría de las organizaciones, la teoría del intercambio social, etc.⁷²

En América Latina, para no hablar ya de las evoluciones y rupturas que en el campo de la teoría funcionalista empezaban a producirse en los países del norte, la crítica del sistema de investigación social positiva, y de su programa de modernización, adopta justamente la forma de un ataque a las bases de la teoría funcionalista recibida. Solari, Franco y Jutkowitz han resumido esas crítica bajo tres acápites principales:⁷³

i) Contra la neutralidad valorativa y en favor de una sociología «comprometida».

ii) Contra la idea de una teoría empírica universal y de base profesional transnacional (postura que es acusada como constitutiva de una ideología científicista) y en favor de la diversidad de escuelas sociológicas, cada una de las cuales representaría un modo de ligazón distinto entre teoría y praxis y, por esa vía, diferentes y aún contrapuestos intereses sociales (sociología funcionalista, académica, conservadora y burguesa versus, por ejemplo, sociología marxista, comprometida, progresista o revolucionaria al servicio de la clase trabajadora).

iii) Contra la institucionalización de tipo «norteamericana» de la sociología (empirista, metodologista, academicista, puramente «receptiva» y dependiente) y en favor de una sociología institucionalizada al servicio del cambio social, ligada a grupos y movimientos sociales concretos, de contenido nacional-revolucionario y, por ende, autónoma en sus contenidos intelectuales y base profesional.

El hecho es que ya a mediados de la década de los '60 encontramos una cada vez más intensa querrela en el campo de los productores de

71. Véase Parsons, Talcott, *The Social System*, Routledge & Kegan Paul, London, 1951.

72. Varias de esas unidades de variación y la forma de su incorporación a la tradición conceptual del funcionalismo se hallan analizadas en Gouldner, Alvin, *op. cit.*

73. Véase Solari, A., Franco, R. y Jutkowitz, J. *op. cit.*, pp. 52-88.

investigación social, que llevará a una tan rápida disolución del sistema de investigación social positiva como rápida había sido su emergencia y predominio en ese campo. Jorge Graciarena ha captado bien el clima cultural en que se desenvuelve esa crisis:

La época que sigue a estos desarrollos es una época militante, que les plantea a los universitarios, perentoriamente, la necesidad de un compromiso del que anteriormente se habían mantenido apartados, en cuanto muchos consideraban los problemas controvertibles como 'no científicos'. Una ciencia social que prescribe un conocimiento aséptico y neutral, que se legitima a sí mismo y que es promovida por las instituciones académicas y gubernativas del país hegemónico de la región, no podía ser por mucho tiempo el paradigma científico de una comunidad de universitarios fuertemente sensibilizada ante los diversos y angustiosos problemas políticos, económicos y sociales de sus países en particular y de la región en general.⁷⁴

La crisis sobreviniente se vería acompañada, durante esos mismos años, por una radical modificación de la base profesional de la investigación social en Chile, producto de la reforma universitaria que se inicia alrededor de 1967⁷⁵. Efectivamente, a partir de ese año se produce una explosiva ampliación de dicha base profesional, lo que hará posible el rápido reclutamiento de una nueva generación de investigadores sociales, los que ingresan al campo como «contendientes» y esgrimen un nuevo proyecto de ciencias sociales (el marxista) como título de legitimidad para dar su lucha por el control de posiciones, recursos e influencias. El hecho de que los cambios políticos que estaban produciéndose coetáneamente en el país y en América Latina favorecieran la *recepción* de ese nuevo programa de investigación y su rápido escalamiento hacia la hegemonía en el campo de la investigación social explica seguramente la débil resistencia opuesta por el sistema de

74. Graciarena, Jorge, «Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático. Una discusión del caso latinoamericano», *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1, 1975, p. 137.

75. Hemos analizado este fenómeno en Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Angel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983, Parte Tercera.